

LA VIRTUD DE LA CARIDAD EN LA EDUCACIÓN

I

LA VIRTUD DE LA CARIDAD

«La caridad es una virtud teologal que inclina al hombre a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Dios» (1).

La caridad puede ser considerada como acto y como hábito.

Considerada como acto, puede definirse: «acto de amor por el que amamos a Dios por sí mismo y a nosotros y al prójimo por Dios» (2).

Considerada como hábito, es una virtud teologal que dispone y eleva a la voluntad para realizar los actos de amor anteriormente definidos.

El objeto material primario de la caridad es Dios y el secundario nosotros y nuestro prójimo (3).

El objeto formal es la bondad de Dios absoluta, esto es, considerada como es en sí o en cuanto que es buena para Dios, y no en cuanto es buena para nosotros (4).

Entre los hábitos infusos, sobrenaturales, y los naturales o adquiridos, existe una correspondencia. Nace del hecho de actuar la gracia, con todo el organismo sobrenatural, conforme a la naturaleza.

Las virtudes de la fe y de la esperanza se corresponden

(1) E. GONZÁLEZ: «La verdad cristiana». Aguado. Madrid, página 428.

(2) B. BERAZA: *De virtutibus infusis*. Bilbao, 1929, pág. 569.

(3) B. BERAZA: Ob. cit., pág. 607.

(4) B. BERAZA: Ob. cit., pág. 585.

con los hábitos naturales del mismo nombre; pero la fe y esperanza naturales no son virtudes. No son «disposición de lo perfecto para lo óptimo» que caracteriza a toda virtud, ya que en el orden natural, lo perfecto no es creer, sino conocer; no es esperar, sino poseer.

La caridad inclina a amar, y amar es tener amor. El amor es inclinación del apetito hacia el bien, pero esta inclinación puede ser del apetito sensitivo, y se llama amor sensible o pasión, o del apetito racional, y tenemos el amor superior.

La caridad no es el amor sensible.

En el superior hay que distinguir entre el amor de concupiscencia y el de benevolencia. El primero estriba en la inclinación al bien; el segundo, en la inclinación hacia la persona para la que se quiere ese bien.

La caridad es un amor de benevolencia para con Dios, pero de benevolencia mutua que ya tiene otro nombre: amistad.

Aristóteles, al dividir las virtudes en intelectuales y morales, no incluye al amor entre ninguna de ellas. Sin embargo, cuando en el libro VIII, capítulo I de su «Ética a Nicomaco», habla de la amistad, dice que «o es virtud o está acompañada de virtud», y Santo Tomás dice de la caridad que es «cierta especial amistad del hombre con Dios» (5).

Comentando a Aristóteles, afirma «que no todo amor tiene razón de amistad, sino el que va acompañado de la benevolencia». Pero que tampoco la benevolencia es bastante para la razón de amistad, sino que se requiere una reciprocidad de amor, porque el amigo debe ser amado del amigo; y esta benevolencia recíproca se funda en alguna comunicación. Luego, habiendo alguna comunicación del hombre con Dios, según que nos comunica su beatitud, sobre esta comunicación conviene que se funde alguna

(5) 2, 2. Q. XXIII, l. c.

amistad. De esta comunicación habla el apóstol cuando dice (I Corintios, 1-9): «Fiel es Dios, por el que habéis sido llamados a la compañía de su Hijo Nuestro Señor Jesucristo.» Pero *el amor fundado sobre esta comunicación es la caridad*. Luego es evidente que la caridad es una amistad del hombre con Dios (6).

Santo Tomás levanta sobre el concepto de la óptima amistad humana, «virtud o acompañada de virtud», la amistad divina de la caridad; pero Aristóteles niega la posibilidad de existencia de esta última: «... si del uno al otro (de los amigos) hay gran distancia en virtud, o en el vicio, o en la prosperidad de la fortuna, o en alguna otra cosa..., de allí adelante ni son amigos, ni se precian de serlo, lo cual se ve claramente en los dioses, porque estos exceden muy mucho en todo género de bienes... *Si es mucha la distancia, como es la de Dios al hombre, ya no permanece*» (7).

Difiere, pues, profundamente, la virtud de la caridad del amor amistad, considerado desde un punto de vista puramente natural. Difieren totalmente en su objeto formal, ajeno a la amistad el de la virtud infusa. Comparten únicamente su objeto material secundario, si bien considerablemente disminuído, porque en la amistad no caben los enemigos, que, esencial y etimológicamente, le son opuestos.

Virtud infusa la caridad, entra en el grupo de las teologales, y por teologal se distingue de las infusas morales, no por la naturaleza a que hace relación, común a todas, sino por su objeto. El objeto de la caridad, virtud teologal, es Dios; en tanto que el objeto de las morales lo constituyen *los medios* que a El conducen.

Es verdad teológica que las virtudes teologales son tres: fe, esperanza y caridad.

La caridad se distingue de la fe y de la esperanza por

(6) 2. 2. Q. XXIII, l. c.

(7) ARISTÓTELES: *Ética a Nicomano*. L. VIII, cap. VII.

su objeto. Las tres tienen por objeto a Dios. Pero en cuanto al objeto material, en la fe está constituido por las cosas que hay que conocer y creer; en la esperanza, primariamente, por la bienaventuranza; secundariamente, por el conjunto de medios para conseguirla. En la caridad, el objeto material primario es Dios; el secundario, el prójimo (8), pero en cuanto participa de Dios.

El objeto formal de la fe es la autoridad de Dios, revelante. Por el objeto formal se aproximan las virtudes de la esperanza y la caridad, puesto que en las dos es la bondad divina; pero difieren en que la esperanza ama a Dios con amor de concupiscencia, esto es, porque es bueno para el alma gozar de Dios; y la caridad ama a Dios con amor de benevolencia o amistad (9).

Distinta de las demás virtudes infusas, distinta de las morales, distinta entre las teologales, es la mayor de todas; tenemos la expresión de San Pablo: «Ahora permanecen estas tres, la fe, la esperanza y la caridad; pero de las tres la caridad es la más excelente de todas» (10).

Santo Tomás concluye: «La caridad es la más excelente de las virtudes» (11). Y razona esta superioridad.

«Considerándose el bien en los actos humanos, según que son regulados por la debida norma, es necesario que la virtud humana, que es el principio de los actos buenos, consista en acomodarse a la regla de los actos humanos. La regla de los actos humanos es de dos modos, a saber: la razón humana y Dios; siendo empero Dios la regla primera, por la que debe regularse la razón humana. Así pues, las virtudes teologales, que consisten en alcanzar aquella regla primera, puesto que su objeto es Dios, son más excelentes que las virtudes morales o intelectuales, que consisten en conformarse a la razón humana. Por lo

(8) FERRERER-FUSTER: Subirana, Barcelona, 1944, págs. 76, 80-81.

(9) E. GONZÁLEZ: «La verdad cristiana». Aguado. Madrid, 1940, página 428.

(10) *1 Corintios*, XIII, 13.

(11) 2, 2. Q. XXIII, 6.

tanto, es preciso que también entre las mismas virtudes teclogales sea mejor aquella que más se aproxima a Dios, Pero lo que existe por sí es siempre superior a lo que existe por otro. Mas la fe y la esperanza se acercan a Dios, según que de El nos proviene ya el conocimiento de lo verdadero, ya la consecución del bien; en tanto que la caridad llega a Dios mismo para reposar en El, no para que de El nos provenga algo; por consiguiente, *la caridad es más excelente que la fe y la esperanza, y, por tanto, que las demás virtudes*» (12).

No sólo es la caridad la más excelente de las virtudes, sino que, consideradas éstas en su estado perfecto de virtud, las informa a todas. La caridad es, en efecto, la que las ordena o relaciona con su último fin, que es precisamente lo que constituye a una virtud en el estado perfecto de virtud.

Atendiendo a la esencia de la virtud, lo que hace que una virtud sea ésa y no otra, hay virtudes que pueden existir sin la caridad, pero se las llama informes o muertas. De las infusas sólo la fe y la esperanza pueden existir sin la caridad. Las adquiridas, todas en cuanto virtudes puramente naturales; pero no en su ser sobrenatural.

Respecto de la fe, tenemos el testimonio de San Pablo: «Cuando tuviere toda la fe posible, de manera que trasladare de una a otra parte los montes, no teniendo caridad, scy un nada» (13). El de Santiago: «¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe si no tiene obras? ¿Por ventura a este tal la fe podrá salvarle?» (14). Y la afirmación del tridentino: «Si alguno dijere que perdida la gracia por el pecado, simultáneamente se pierde siempre la fe, o la fe que permanece no es verdadera fe,

(13) *I Corintios*, XIII, 2.

(12) *Summa*, 2, 2. Q. XXIII, 6 c.

(14) *Santiago*, II, 14.

aunque no sea viva, o que el que tiene la fe sin la caridad no es cristiano, sea anatema.»

Respecto a la esperanza, no es doctrina revelada; es doctrina común.

Superior la caridad, *en sí*, puede haber una prioridad temporal en el sujeto, respecto de ella, por parte de la fe y la esperanza. Se daría o se puede dar en los adultos catecúmenos, según la opinión de Suárez, Valencia, Vázquez, Cayetano (15).

No habría ésta tampoco siguiendo a Santo Tomás, San Buenaventura y otros, que dicen que todas las virtudes infusas se reciben con la gracia, que nunca se infunden antes de la justificación.

Opinable esta cuestión, es seguro que el hábito de la caridad sobrenatural nunca se infunde antes de la infusión de la gracia habitual.

Diferente y superior *en sí* la caridad a las demás virtudes, en el sujeto está en igual grado que las demás, en igualdad proporcional, y *per accidens* la fe y la esperanza *le pueden* ser superiores (16).

¿Cuál es el sujeto de la caridad?

En el organismo sobrenatural hay un hábito entitativo, la gracia, que se inserta en la substancia del alma, y unos hábitos operativos, las virtudes infusas, que se insertan en las potencias.

La caridad está en la voluntad, apetito intelectual (17).

La vida sobrenatural se desenvuelve en un plano superior, pero no independiente del natural, sino en íntima unión con él, perfeccionando a la naturaleza; actuando al modo de ella, tanto, que cada uno de los elementos del organismo sobrenatural se corresponde con uno del natural.

(15) B. BERAZA: *Tractatus de virtutibus infusis*. Bilbao, 1929, página 23.

(16) SUÁREZ: *De gratia*, l. 9, c. 4, n. 15.

(17) 2, 2. Q. XXIV, a. 1.

Por lo que respecta a la voluntad, se puede establecer la correspondencia siguiente:

Voluntad.....	Orden natural	{	1. Instintos hacia el fin.	
			2. <i>Primeros principios morales.</i>	
			3. Hábitos morales.	
			4. Estímulos de la realidad.	
			5. Energías morales.	
	Orden sobrenatural ...	{	1. Dones de.....	{ piedad. fortaleza. temor.
			2. Virtudes de.....	{ esperanza. caridad.
			3. Virtudes morales in- fusas	{ justicia. fortaleza. templanza.
			4. Gracias externas.	
			5. » actuales (18).	

De donde resulta que la virtud de la caridad se corresponde con los primeros principios morales.

Ahora bien; el organismo sobrenatural que en el hombre vive o puede vivir y en todo caso *debe* vivir, acabamos de decir que actúa conforme al natural. La vida es una, y cuando coexiste la natural y la sobrenatural no son dos vidas, sino una sola: la natural sobrenaturalizada. Como la natural, a su vez, está constituida por la vida sensitiva y la racional, que no son dos. De ahí que si bien una virtud, la caridad, por ejemplo, que nos ocupa, esté en la voluntad, como en su sujeto, tenga íntimas relaciones con las demás potencias y sus actos. Estas relaciones nacen de las que tienen entre sí la voluntad y entendimiento mutuamente y con la vida sensitiva; de las que entre sí tienen la fe, la esperanza, las virtudes morales y la caridad.

Lo más importante a este respecto para nosotros, por las aplicaciones que se siguen, es considerar la virtud de

(18) Del Seminario de Filosofía Cristiana de la Educación, dirigido por don Santos Samper.

la caridad y sus relaciones con el entendimiento. Así como distinguir la caridad de los sentimientos y pasiones.

La virtud de la caridad y el entendimiento.—Advierte Santo Tomás que si la caridad es la más principal de las virtudes, como el sujeto de la virtud es la razón, *parece* que la caridad está en la razón y no en la voluntad. Pero *responde*: «Que la voluntad, aun según el filósofo (*De anima*, I 3, t. 42), reside en la razón. Así, pues, porque la caridad resida en la voluntad, no por eso es ajena a la razón. Sin embargo, la razón no es la regla de la caridad, como lo es de las virtudes humanas, sino que es regulada por la sabiduría de Dios, y excede a la regla de la razón humana, según se dice (*Efesios*, III, 19). «La caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento.» De consiguiente, *no reside en la razón como en su sujeto*, cual la prudencia; ni como en su principio regulador, como la justicia o la templanza, sino sólo por cierta afinidad de la voluntad a la razón» (19).

Por lo que se refiere a los actos de la caridad y del entendimiento, hay una relación particularmente interesante. Platón habla de llegar al conocimiento arrebatado por el «eros», de llegar a conocer por amor. En esta línea encontramos diez siglos más tarde a San Agustín. Pero San Agustín, conocedor y seguidor de Platón, sabía también de relaciones análogas en el orden sobrenatural. Jesucristo había dicho: «Quien quisiere hacer la voluntad de Éste (del Padre), conocerá si mi doctrina es de Dios o si Yo hablo de Mí mismo» (20). Y San Juan: «Carísimos, amémonos los unos a los otros, porque la caridad procede de Dios. Y todo aquel que ama, es hijo de Dios y conoce a Dios. Quien no tiene amor, no conoce a Dios, puesto que Dios es caridad» (21).

La palabra amor con que comúnmente se designa tan-

(19) *Summa*, 2, 2, Q. XXIV, 1 ad 2.

(20) *Juan*, VII, 17.

(21) *I Juan*, IV, 7 y 8.

to el hábito como el acto de la caridad sirve para muchas operaciones. Por las peligrosas confusiones a que da lugar, es preciso que nos fijemos en el amor sentimiento y en el amor pasión.

El amor pasión es un acto del apetito sensitivo.

El sentimiento es un fenómeno afectivo de la vida superior del hombre, y como un estado psíquico agradable o desagradable que acompaña una volición, lo cual no se da propiamente sin que vaya prendido de una inteligencia (22). «Es un fenómeno que se añade a otro contenido anímico; pero que no puede existir *nunca primariamente*» (23).

Lindworsky admite sentimientos inferiores o sensoriales unidos a sensaciones, y sentimientos unidos a un conocimiento intelectual o superiores (24).

Se dé al nombre de sentimientos el valor que le da Lindworsky o se reserve sólo para los que él llama superiores, está clara su condición de fenómeno adjetivo. Por lo que se refiere a la caridad, con ella como hábito es compatible la inclinación material a actos que le son opuestos, y con ella como acto, sentimientos de disgusto, de hostilidad o cualquiera otro distinto, opuesto o casi indiferente.

San Pablo dice a los romanos: «¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿O la angustia? ¿O el hambre? ¿O la desnudez? ¿O el riesgo? ¿O la persecución? ¿O el cuchillo? Según está escrito (*Salmo*, XLIII, 23): «Por ti somos entregados cada día en manos de la muerte, somos tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero, en medio de estas cosas, triunfamos por virtud de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la

(22) RUFINO BLANCO: P. II, pág. 437.

(23) BARTH: «Pedagogía general», pág. 69.

(24) LINDWORSKY: «Psicología experimental». Bilbao, 1935.

fuerza, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor» (25). •

En la caridad no es lo sustantivo el sentimiento, y puede darse la virtud y el acto de la misma sin que le acompañe ningún sentimiento grato.

La pasión del amor, complacencia en el bien conocido por los sentidos, queda infinitamente más baja que el amor caridad, que ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Dios.

Ni uno ni otro le son necesarios. Ahora bien; teniendo en cuenta que toda virtud infusa no da facilidad, sino poder; que la facilidad o dificultad están en la naturaleza, y que en lo natural lo que agrada y complace se realiza más fácilmente, son estimables los sentimientos y pasiones que vengán a facilitar el ejercicio de la virtud. Quedando en guardia, no obstante, ante sentimentalismos y sensiblerías, siempre posibles.

Explotar el sentimiento frente a los actos de virtud tiene, aparte el error en sí, una desventaja psicológica: con la repetición, los sentimientos pierden intensidad, al paso que la repetición de actos, lejos de disminuir la virtud, la aumenta o puede aumentarla.

* * *

El acto principal de la virtud de la caridad es el amor. Un amor a Dios de benevolencia, apreciativamente sumo, y al prójimo por Dios.

«Conviene más bien a la caridad amar que ser amado.»

A él siguen actos o efectos interiores: el gozo, la paz y la misericordia, y otros exteriores: la beneficencia, la limosna y la corrección fraterna.

No son confundibles con la pasión del gozo ni con la falsa paz del mundo, y, por lo que se refiere a la misericordia, conviene parar la atención no en una alta consideración teológica, sino en un hecho de experiencia cotidiana: la fácil compasión por las miserias corporales ajenas y lo fácilmente que resbalan por el propio corazón las miserias espirituales del prójimo.

Los actos o efectos exteriores de la caridad son ordinariamente, en consecuencia con lo que acabo de decir, más estimados. Lo que no les exime de ser mal entendidos y practicados. Porque no se distingue prácticamente a quienes han de ser dirigidos, cómo y por quién, olvidándose con harta frecuencia de dirigirlos primariamente a Dios, con lo cual usurpan el hombre de caridad.

Opuestos a la caridad tenemos: el odio, en oposición a su acto principal, el amor; la pereza y la envidia, opuestas al gozo de la caridad: en cuanto se opone al bien divino, *pereza*, y en cuanto se opone al bien del prójimo, *envidia*.

Contrarios a la paz son la discordia, que reside en el corazón; la contención, que es oral, y el cisma, riña, sedición y guerra, que se oponen a la paz por obra.

Opuesto a la beneficencia en el orden de la caridad (26) está el escándalo, particularmente destacado en su gravedad en el Evangelio.

La caridad, la más excelente de las virtudes, es *necesaria*.

«Cuando yo hablare (*I Corintios*, XIII, 1 al 3), todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles, si no tuviere caridad, vengo a ser como un metal que suena, o campana que retiñe. Y cuando tuviera el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias, cuando tuviera toda la fe posible, de manera que trasladase de una parte a otra los montes, no teniendo

(26) Otros vicios opuestos a la benevolencia pertenecen a la razón de justicia.

caridad, soy un nada. Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregara mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada.»

Los actos de la virtud de la caridad obligan, bajo precepto divino, así en la Ley Antigua como en la Ley de gracia.

«Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (*Deuteronomio**, VI, 5).

«Bien has dicho...», responde Jesús, a quien le da éste como primer Mandamiento: «Haz esto y vivirás.»

Y el orden en que han de practicarse se deduce del precepto: A Dios con sumo amor apreciativo, sobre todas y ante todas las cosas, después a sí mismo, luego al prójimo. En éste se ha de amar primero a los que nos son más próximos: «Los que nos están más unidos según el origen de la carne deben ser amados por nosotros con mayor caridad» (27).

Pero en el Evangelio está expresamente señalado el precepto del amor a los enemigos: «Amad a vuestros enemigos» (28), y el mayor mérito de este amor: «Si no amáis sino a los que os aman, ¿qué premio habéis de tener?» (29).

Santo Tomás distingue: «Por parte del prójimo a quien se ama, el amor del amigo aventaja al del enemigo; por parte de la razón por que se ama, es superior el amor del enemigo; mas el amor de los amigos, considerado en sí, es más ardiente y mejor que el de los enemigos» (30).

En los actos de la virtud de la caridad son preceptivos el amar a Dios sobre todas las cosas, tanto con el interior afecto como con las obras exteriores (*Mat.*, XXII, 37 y 38), el amor al prójimo (*Mat.*, XXII, 39), el particu-

(27) 2.^a 2ae., q. XXVI, a. VIII, C.

(28) *Mat.*, V, 44.

(29) *Mat.*, V, 45.

(30) 2.^a 2ae., q. XXVII, a. VII.

lar amor a los enemigos (*Mat.*, V, 44; VI, 15), dar limosna al necesitado (*Mat.*, XXV, 41 y 42), la corrección fraterna (*Ecli.*, XIX, 14, y *S. Mat.*, XVIII, 15 al 17).

Preceptiva la caridad, exige en su ejercicio un grado de perfección.

La perfección puede ser accidental y esencial. Es esencial aquella que, si falta, no hay caridad. Consiste en amar a Dios de tal manera que todo el corazón esté habitualmente puesto en Dios; que ni quiera, ni piense, ni haga nada que sea gravemente contrario a la caridad.

Por encima de este grado está el amar a Dios sobre todo lo que sea ofensa leve de Dios y que es esencial a la perfección.

Más alto aún el amar a Dios sobre todo aquello que pueda no serle grato; pero éste no es preceptivo, sino puramente de consejo.

Cabe escalar otras cimas: amar con tanta diligencia e intensidad como permita la condición del sujeto en esta vida. A ésta, que no es esencial, llegan los santos.

Y está la perfección absoluta por parte del hombre, cuando el sujeto ama con todo el corazón, con toda la intensidad que el corazón pueda, durante todo el tiempo que pueda y en acto. Ni es esencial ni posible en esta vida.

Por parte del objeto amado, la perfección, inasequible al hombre, está en amar a Dios cuanto es en sí amable.

El grado de perfección esencial a la caridad determina su compatibilidad o incompatibilidad con los demás hábitos, así como las condiciones de vida en un alma. Es decir, que la caridad es incompatible con todo hábito que suponga un querer, pensar o hacer *gravemente contrario* a la caridad; que no puede vivir en el alma que tales hábitos tiene.

La caridad puede coexistir con todo hábito infuso y con todo hábito natural (o adquirido) bueno. Es incompatible con cualquier hábito que vaya contra cualquiera de

las virtudes infusas. Y no sólo con cualquier hábito, sino con cualquier acto grave.

Sin embargo, puede ser compatible con cualquier hábito malo en su elemento material (inclinación física hacia el objeto del hábito).

Con lo que no puede en modo alguno ser compatible es con un hábito malo en su elemento formal (la perseverante adhesión de la voluntad al objeto del hábito).

Dura en el alma mientras dura la gracia y «per se» permanece eternamente. «La caridad nunca fenece» (31). «Llegada la felicidad eterna, los bienaventurados ya no creen, porque son *compresores*, esto es, ven a Dios; ya no esperan, porque *poseen* lo que era objeto de su esperanza; sólo *aman*, y aman sin cesar y eternamente, con mayor amor que en la tierra, por cuanto más claros se les ofrecen los motivos de la caridad que son las divinas perfecciones» (32).

Se pierde por cualquier pecado mortal. «Porque el pecado mortal no es más que una voluntaria separación de Dios, buscando el último fin y la bondad amable en las criaturas, lo cual supone la mayor contradicción con el objeto y esencia de la caridad. Además, por el pecado mortal se pierde la gracia santificante, y sin ésta no puede subsistir la caridad en el alma» (33). *Se recupera* al recuperar la gracia.

Se aumenta por la práctica de los actos propios de esta virtud en intensidad igual o mayor a los ya realizados, por los actos de todas las demás virtudes por la conexión que todas tienen y por todos los medios por los que aumenta la gracia.

No puede disminuir. La razón es común a todo hábito infuso.

El pecado mortal es causa de su pérdida, y el venial, al

(31) I. Corintios, XIII, 8.

(32) E. GONZÁLEZ: «La verdad cristiana», pág. 429.

(33) E. GONZÁLEZ: «La verdad cristiana», pág. 429.

no ir contra el fin, ni introduce una disposición contraria a la virtud ni merece ser castigado por Dios con la disminución de su relación con el fin.

II

APLICACIONES PEDAGÓGICAS.

«Ama y haz lo que quieras.»
SAN AGUSTÍN.

La caridad eleva al sujeto de la educación. Enderezando al fin todos los actos que informa, es el gran medio por Jesucristo. Problemas de educación resueltos por la caridad. La caridad y la historia de la Pedagogía. Aplicaciones de la caridad a la formación del maestro. Idem a la de los alumnos.

Toda la problemática de la Pedagogía gira en torno a tres puntos: sujeto, fin y medios de educación.

La caridad eleva al sujeto de la educación. Si los seres se especifican por sus actos, y los actos por sus objetos, el hábito infuso de la caridad que da poder para poner a todo acto como objeto la bondad de Dios, y esto sin pensar en conseguir de Él ningún bien, sino por Él mismo, *eleva al sujeto de la educación* que posea tal hábito *a la mayor dignidad posible* dentro del individuo. Porque por la caridad pueden elevarse los actos de la vida vegetativa, comunes a «la flor del heno, que hoy es y mañana no parece», así como los de la vida sensitiva que comparten dos pájaros «vendidos por un as» a la categoría de deiformes.

La caridad no es el fin *en sí* de la educación; pero podríamos decir que ésta estaba terminada cuando todos los actos del educando estuviesen informados por ella. Ahora, que esto no será una plena realidad en el tiempo,

sino en «la patria», cuando hayamos conseguido la posesión de Dios, «que es caridad». La caridad no es el último fin; pero apuntando al fin siempre, a él endereza cuanto toca.

La caridad es un medio, el medio por excelencia en toda educación completa, que es la sobrenatural.

Realmente, el medio por esencia es Jesucristo, que ha dicho: «Sin Mí, nada podéis hacer» (1); pero la caridad es la que nos une a Él, a la augusta Trinidad: «Cualquiera que Me ama, observará mi doctrina; y mi Padre le amará, y vendremos a Él, y haremos mansión dentro de Él» (2). La caridad es la que nos permite conocer que su doctrina es de Dios, según recogimos ya.

Que sea el gran medio, se desprende de las palabras de San Pablo en su epístola primera a los Corintios, expuestas al hablar de la necesidad de la caridad, ya que el hombre sin ella nada es y sus actos sin ella son nada.

Si es el único medio por Jesucristo, lo primero que importa es que todo educando la tenga. ¿Cómo?

La caridad es una virtud infusa que no se adquiere por repetición de actos, sino por la pura liberalidad de Dios. Se infunde, como hemos dicho, con la gracia, y de ésta, como de aquélla y demás virtudes que con la gracia se infunden, no podemos tener la plena seguridad de su posesión.

Si ni podemos adquirirla por nuestros propios y solos medios, ni tener seguridad de que la tenemos, ¿nuestra educación estará pendiente de penosa incertidumbre? No.

A la plena certeza, o evidente, sustituye la certeza moral, y en cuanto a la adquisición: «Fiel es Dios por el que hemos sido llamados a la compañía de su Hijo Nuestro Señor Jesucristo.» Obremos como si realmente poseyéramos la virtud.

Al realizar los actos propios de la virtud infusa, ad-

(1) *Juan*, XV, 5.

(2) *Juan*, XIV, 23.

quirimos, si son repetidos, hábitos naturales de amor a Dios y al prójimo, de la beneficencia, de la limosna; de la corrección fraterna en los que estén obligados a ella y la practiquen; tendremos gozo y paz.

Cón ello habremos resuelto muchos problemas de pedagogía natural.

La continua referencia del hombre a Dios, en la conjunción de dependencia y amor, da humildad, la virtud que más expeditamente abre el camino de la educación, porque es la que responde con voz más clara al «nosce te ipsum».

El gozo nos salva para el optimismo educativo. La misericordia, la beneficencia y la limosna, precedidas, acompañadas y seguidas por la paz interior y exterior, todos los problemas de la pedagogía social.

La paz nos da, sobre todo, la buena nueva de una jerarquía interior por una educación integral. A este respecto, su toque de atención para los demás sería el gozo.

La integridad en la educación responde al sentido de hombre íntegro en el lenguaje corriente, y exige que cada facultad y cada momento de la vida de un hombre tengan el tratamiento adecuado y den el máximo rendimiento; pero todo obedeciendo a las exigencias de la unidad hombre; debiendo obedecer a las exigencias del hombre elevado al orden sobrenatural.

La total integridad de la educación no puede darla sino la caridad que da la unidad al querer.

Las palabras de San Pablo: «la virtud sirve para todo» (3) convienen plenamente a la caridad, virtud que informa a todas las virtudes constituídas en estado de perfección.

Planteadas ahora las aplicaciones pedagógicas de la virtud de la caridad en el terreno especulativo, estas especulaciones ni son nuestras ni son nuevas.

(3) *I a Timoteo*, IV, 8

La caridad ha tenido y tiene sus pedagogos. El primero fué Dios Padre. El asumió la educación de un pueblo que llamó «suyo» y para él estampó el primer mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.» Y el segundo, semejante al primero.

Pero este pueblo de «dura cerviz» necesitaba ser conmovido por el temor, y la pedagogía del amor no brilla plenamente hasta llegar la plenitud de los tiempos: hasta que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (4).

Un poco antes de comenzar Jesús su predicación, el Bautista, que «prepara sus caminos», manda a los que le siguen la práctica de actos exteriores de la caridad: «El que tenga dos vestidos, dé al que no tiene ninguno y haga otro tanto el que tiene que comer» (5).

El Maestro confirma los Mandamientos de la Antigua Ley, y añade: «Amad a vuestros enemigos» (6) al precepto de amar al prójimo.

Al del amor a Dios invita con la prueba incomparable de su amor sin medida «hasta dar la vida por sus amigos», y con la promesa de la divina inhabitación santificadora en el alma de todo posible educando.

En la caridad fraterna asienta el distintivo de su escuela: «Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros» (7). Y a los actos exteriores de la caridad parece subordinar la consecución del reino de los cielos: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...» (8). Claro que estos actos serán valiosos, supuesto que se le ame a El. De este amor derivará el conocimiento de la Verdad, que es su verdad, y la íntima, pro-

(4) *Juan*, I, 14.

(5) *Lucas*, III, 11.

(6) *Mat.*, V, 44.

(7) *Juan*, XIII, 35.

(8) *Mat.*, 34 a 36.

funda y total transformación del hombre, bajo la acción directora de la Altísima Trinidad.

Particularmente interesante para los educadores es la expresión, tanto en hechos como en palabras, del amor a sus discípulos. Imposible detallar aquí, son buen compendio estas palabras de San Juan: «Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (9).

San Pablo, de quien es forzoso recoger las excelencias de la caridad, en la misma *I Corintios* habla de la doctrina del «cuerpo místico de Cristo», dejando sentadas de modo inconvencible en los capítulos XII y XIII las bases de convivencia humana más íntima y segura, al par que el reconocimiento de una justa jerarquía social. La pedagogía de este nombre sólo será plenamente eficaz si bebe de esta fuente.

Con la doctrina del «cuerpo místico» quedan rescatados por la caridad, para la educación perfecta, todos los hombres, sin que pueda exceptuarlos su origen. «Todos nosotros somos bautizados en un mismo Espíritu para componer un solo cuerpo, ya seamos judíos, ya gentiles, ya libres...» (10). Antes había mandado el Maestro: «Id y enseñad a todas las gentes» (11).

Del amor que profesa San Pablo a sus educandos son índice estas palabras de la II a los *Corintios*: «Ya os dije antes de ahora que os tenemos en el corazón, y estamos prontos a morir o a vivir en vuestra compañía» (12).

A lo largo de la historia de la Iglesia, el amor a Dios y al prójimo por Dios, la caridad, ha florecido ininterrumpidamente en preocupaciones educativas. Son particularmente notables las instituciones de enseñanza que, buscando primariamente la salvación eterna de los hom-

(9) *Juan*, XIII, 1.

(10) *I Corintios*, XII, 13.

(11) *Mateo*, XXVIII, 19.

(12) *II Corintios*, VII, 3.

bres, hijos de Dios, han atendido las justas demandas de una pedagogía natural.

Los nombres de San Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús para la segunda enseñanza; los de San José de Calasanz y San Juan Bautista de la Salle en la primera, con sus Escuelas Pías y Escuelas Cristianas, son un buen exponente.

La primera Escuela Normal de que se tiene noticia se debe a la caridad: la concibió y llevó a la práctica La Salle (13).

De ayer es San Juan Bosco. De hoy, entre muchos, el P. Manjón y el P. Poveda.

De estos últimos voy a recoger algunas notas acerca del modo de llevar la caridad a nuestras actuales escuelas y a nuestros reales o posibles educandos. Contando, como cuentan, casi exactamente, con nuestras mismas circunstancias, son particularmente valiosas.

En nuestras manos se forman una niñez y una juventud, que son o serán «metal que suena o campana que retiñe» si no tienen caridad.

Pero lo primero es no llegar a merecer en este aspecto el dictamen de «ciegos que guían a ciegos», ni el vergonzoso rechazo, «haced lo que os digan y no lo que hagan», dirigido a los fariseos hipócritas, que se preciaban de maestros en Israel. Lo primero es que «el maestro sea hombre de caridad» (14).

Le cumple, como a todo cristiano, en el ejercicio de esta virtud, amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Dios. Su prójimo, en cuanto maestro, lo constituyen los alumnos y sus familias, los compañeros y las autoridades.

Por ser maestro, «luz que no puede ocultarse bajo el

(13) Véase RUIZ AMADO: «Historia de la Pedagogía». Barcelona, 1941, pág. 192, 7.^a edición.

(14) MANJÓN: «El maestro mirando hacia dentro». Granada, 1925, página 459.

celemin», sino que está destinada a alumbrar «a todos los de la casa», sus faltas visibles contra la caridad son fuente de escándalo. El escándalo en un maestro es la negación de sí mismo. ¿Maestro para enseñar el mal?

El amor a los alumnos es lo mejor de un maestro. «El maestro sin amor no es maestro, ni vale para serlo. Si fuera posible aquilatar el amor como se aquilata el saber, a ninguno de corazón egoísta, apático o indiferente debiera encomendarse una escuela, porque no vale para desempeñarla como es debido, aunque tenga mucha ciencia» (15).

Pero caben espejismos: los que nacen de la confusión entre los actos de esta virtud y un sentimentalismo pernicioso. Hecha luz sobre este error en la primera parte de nuestro trabajo, recogemos ahora el aviso del P. Manjón a los maestros: «No es amor, sino egoísmo, el de aquel que busca el placer, la ternura y el propio gusto» (16). El maestro debe amar «entrañablemente» a sus discípulos; pero «en Dios y por Dios» (17).

No podrá decir que así los ama el que los atiende por razones de simpatía; pero tampoco el que descuida el propio perfeccionamiento en cualquiera de sus aspectos. Especialmente, hay que tachar al que, *pretextando* una atención preferente a la *formación* de sus alumnos, no se preocupa de aquilatar la propia ciencia y el modo de hacer que aquéllos la adquieran. «La ciencia profana abri-llanta la virtud» y hace «más prestigiosa» la labor de apostolado del maestro o maestra católicos. El empeño en adquirirla es una medida del celo por su salvación (18).

«A todos cuantos se ocupan en la obra redentora que él lleva entre manos, ha de amar—el maestro—con especial caridad.» «En tal caso se encuentran las autoridades académicas, morales, políticas y sociales, los sacerdotes,

(15) MANJÓN: Ob. cit., pág. 459.

(16) MANJÓN: Ob. cit., pág. 463.

(17) P. POVEDA: «Consejos a las profesoras y alumnas de la primera Academia Teresiana».

(18) P. POVEDA.

padres de familia y los maestros, con quienes ha de guardar relaciones cordiales de amor, de interés, de celo y de cooperación» (19). La corrección fraterna podrá solicitarle en determinados casos; pero su difícil ejecución no puede defenderse sino en el caso concreto, supuesto que se prevea eficaz. La colaboración que ofrece múltiples formas es siempre oportuna.

El maestro que ame a Dios «con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas» será piadoso. Su «piedad» será «sólida, tranquila, amable, severa, pacífica, oportuna, sin ridiculeces ni gazmoñerías, sin petulancias ni exigencias, sin brusquedades ni alborotos, a tiempo, acude siempre y según el acto, la persona y el lugar» (20).

Su piedad será «la caridad inflamada que le mueva a hacer pronto, bien y cuidadosamente cuanto es del agrado de Dios y edificación del prójimo»; la que le hará «más fácil y grato, más expedito y fervoroso» su ministerio, en sí mismo y en sus alumnos, por el ejemplo.

Si el maestro es verdaderamente *hombre de caridad*, no puede limitarse a procurar, en cuanto de él dependa, que en sí viva y crezca esta virtud. Debe ayudar a que arraigue y florezca en el alma de sus educandos. Su «primer cuidado será poner a Dios en sus corazones» (21); y «habrá llegado al fin cuando Dios se manifieste en todos sus pensamientos, deseos, palabras y obras». «Si consigue que sus alumnos entroniquen en sus corazones a Dios y jamás le destronen, habrá sido un excelente pedagogo» (22).

A todos los alumnos no puede llegarse por el mismo camino. El P. Manjón señala dos tipos y dos tratamientos. «Hay *niños tiernos*; cuidad que no os los perviertan, y para

(19) MANJÓN: Ob. cit., pág. 460.

(20) POVEDA: «Consejos a los directores de las Academias».

(21) P. POVEDA: «Consejos a las profesoras y alumnas de la primera Academia Teresiana».

(22) P. POVEDA: «Consejos a las profesoras y alumnas de la primera Academia Teresiana».

ello meted a Dios dentro de esas almas, y serán la delicia de los ángeles y los hombres; y hay *otros fríos*; a éstos hay que ejercitarlos en la compasión y el sacrificio» (23). Es decir, que donde la naturaleza sea más rebelde, es preciso formar hábitos naturales que contrarresten la dificultad nativa.

Tratándose de jóvenes, el mayor enemigo está en la pasión. Les arrastra fácilmente la pasión del amor. El remedio unas vces estará en huir. En otras se podrá sublimar, cambiando en lo posible su objeto sin tronchar su empuje; así aconseja el P. Poveda: «Cuando sientas sed de belleza, dirige hacia arriba los ojos del alma y verás la hermosura de Dios, que es infinita y sin mezcla de impureza alguna.» «Cuando necesites amar mucho, piensa en Dios y rinde ante su belleza soberana tu corazón, todo él» (24).

No basta todavía que en cada alumno viva la caridad. No será tal si no reinara entre sí, para ser conocidos por ella, como lo fueron de los paganos los cristianos de las catacumbas.

«La anchura, longitud, altura y profundidad» de la más excelente de las virtudes, traspasan, no sólo los límites de un trabajo, sino los del tiempo: tienen su raíz y su plenitud en la eternidad.

Esto no es más que una llamada a la consideración de su eficacia educativa; a la urgente necesidad de obedecer a la consigna del apóstol, «corred para alcanzar la caridad» (25), porque debe vivir pujante en educadores y educandos.

ROSA MARIN CABRERO.

(23) P. MANJÓN: Ob. cit., pág. 464.

(24) P. POVEDA: «En provecho del alma», 5.^a edición. Valladolid, página 75, 1938.

(25) *I Corintios*, XIV.